

LA REAL SOCIEDAD PATRIOTICA DE LA HABANA EN EL RESCATE DE LA VARIEDAD «NATURALIZADA» DEL TRIGO DE VILLA CLARA

Rolando E. Misas Jiménez

El presente artículo forma parte de un trabajo sobre el cultivo del trigo que a su vez se integrará en una monografía sobre la tendencia hacia la diversificación y la tecnificación agrícolas en la poco estudiada Real Sociedad Económica de Amigos del País o Real Sociedad Patriótica de La Habana, institución creada en 1793 que desempeñó —tal y como se refleja en sus *Memorias*— un rol decisivo en la promoción de esas ideas y realizaciones.

Resumiendo los estudios que hemos venido realizando sobre la historia del cultivo del trigo en Cuba, podemos señalar que la antigüedad de ese cultivo de subsistencia debe remontarse a los primeros años de la conquista de la isla por los españoles, dando entonces inicio al proceso de adaptación de este cereal al medio natural que puede que no haya sido favorable en varias de las regiones donde se establecieron las villas y las haciendas y a un «contrapunteo» cultural con el cultivo aborigen de la yuca agria, los cuales debieron determinar, en gran medida, su desaparición en la mayoría de los lugares, reduciendo su supervivencia, al parecer casi exclusivamente, a los alrededores de La Habana y al territorio de Villa Clara. No obstante, la irrupción de la harina importada desde España y otros países se convirtió en el factor determinante en la eliminación del trigo del *hinterland* habanero a fines del siglo XVIII y del territorio villaclareño a partir de 1820.

En esta última región central de la isla, la resistencia de los intereses locales fue vencida por la devastación que provocaron en los sembrados los ataques de una plaga denominada aljorra (un díptero de la familia de los cecidómidos).

Aunque la decadencia del trigo en Villa Clara reflejaba, a su vez, el fracaso de la «estrategia» triguera, que con respecto a las regiones centrales de la isla trazara en 1819 Wenceslao de Villa Urrutia en la Real Sociedad Patriótica de La Habana como parte de la política antimonopolista del intendente Alejandro Ramírez, el espíritu de diversificación agrícola que estaba explícito en esa «estrategia» continuó en el seno de la institución, como bien lo reflejan sus *Memorias*, ya que sectores de la mediana y pequeña burguesía —capas de la intelectualidad liberal— y algunos plantadores se manifiestan a favor del rescate del cultivo de ese cereal, sobre todo cuando la crisis cafetalera iniciada en 1829 se agudizaba en los años 40.

Ante la ruina de los plantadores de café, el trigo podía convertirse en una de las producciones más importantes para el mercado interno de la isla, si se aprovechaba convenientemente la variedad existente en Villa Clara, la experiencia empírica acumulada en su cultivo por los campesinos de esa región y la molturación, a bajo costo, que pudiera realizarse con la misma, teniendo en cuenta que había que vencer al monopolio harinero español. De estos tres aspectos señalados sólo estudiaremos en este artículo el primero, y para ello nos basaremos, como hemos indicado con anterioridad, en las *Memorias* de la institución, pero en particular en el ensayo sobre el cultivo del trigo, escrito por el humanista —con inquietudes agronómicas— Antonio Bachiller y Morales y que fuera publicado en la *Memoria* de 1848, en los momentos en que él ocupaba la presidencia de la Sección de Agricultura (1). Este importante artículo fue reimpreso en la compilación de trabajos suyos y extranjeros que realizara Bachiller en su *Prontuario de Agricultura* de 1856 (2).

El intento de diseminación del trigo de Villa Clara en Vuelta Abajo (1841). Introducción de otras variedades en el país

Interesada la Real Sociedad Económica en divulgar los esfuerzos que hacia el fomento del cultivo del trigo realizaban sus colaboradores y miembros, aprovechando la presencia de una variedad que, como la de Villa Clara, llevaba muchos años de adaptación al medio natural de esa región, no podía dejar de mencionar en sus *Memorias* la diseminación del

mismo por otras regiones de la isla donde se esperaba encontrar las condiciones naturales y de atención cultural requeridas para su desarrollo.

En ese sentido, dio a conocer los ensayos de siembras que se realizaron en «distintos terrenos» en Vuelta Abajo, por iniciativa de Tranquilino Sandalio de Noda quien contaba para ello con la pequeña remesa de simientes que le enviara desde Villa Clara la señorita María Jiménez Anido. En la comunicación que Noda envió al director de la Sociedad (3), firmada en La Habana el 22 de abril de 1841, señala que donde se produjo el mejor trigo fue en los terrenos de su casa en el partido de Santa Cruz de los Pinos:

«El trigo [señala Noda] creció casi del alto de un hombre, y su parto fue prodigioso y admirado de todos los europeos que le han visto. Este resultado que ha escedido á las esperanzas, ha interesado á infinidad de labradores, entre los cuales ha sido forzoso dividir la pequeña cosecha, pues el todo de la semilla primitiva no pasaba de tres libras »(4).

De ese primer resultado Noda presentó una pequeña muestra de espigas, las cuales fueron depositadas en el Museo de Historia Natural que dirigiera el naturalista Felipe Poey, según acuerdo de la Junta ordinaria de la Sociedad del 29 de abril de 1841, dándose a su vez las gracias a Noda, y por su conducto a Anido, por la contribución que ambos realizaron (5).

Aunque no disponemos de información sobre el futuro del trigo en esa parte de Vuelta Abajo que menciona Noda, quizás el mismo se vio perjudicado por el ataque de la aljorra, ya que Esteban Pichardo señala que ese era el nombre que aún conservaba un insecto «casi imperceptible» en la jurisdicción de Villa Clara y en el «territorio occidental de Bahía Honda» (6).

De acuerdo con la «Exposición de las tareas de la Diputación económica de Puerto-Príncipe, en el bienio de 1841 y 1842», que leyera el vicesecretario saliente Ignacio Agramonte y Sánchez el 9 de diciembre de 1842, nos enteramos de los intentos realizados en esa ciudad por el fomento de un supuesto trigo llamado «trigo negro» o «sarrasénico»:

«También hemos tenido el gusto de ver una muestra presentada por el Sr. Director [tal vez el Ldo. Tomás Pío Betancourt] del trigo negro, conocido por sarrasénico cosechado por esta ciudad, y es de esperarse que los amigos en quienes se repartió la semilla, procurarán conservar tan precioso grano» (7).

Otro supuesto trigo igualmente «sarraceno» fue introducido desde los Estados Unidos por José María de La Torre, según una comunicación que éste enviara a la Real Junta de Fomento con fecha 30 de noviembre de 1848 (8). Aunque en la «Cartilla Agraria» de José Espinosa, dada a conocer en la capital en 1822, no había ningún inconveniente en colocar al «trigo negro», «sarraceno», «alforjón» o «fayol» entre los cereales (9), en realidad no era *Triticum* sino una planta herbácea de la familia de las poligonáceas (10). En ese sentido sus granos «pesados, gruesos y lustrosos» cubiertos por una «cáscara bien negra» (11) servían para:

«...pienso de las caballerías y aves domésticas, y con particularidad para las gallinas que á beneficio de él adelantan mucho su postura. Reducido á harina, y mezclada con la del trigo ú otros cereales, sirve para pan; pero por sí sola lo hace apelmazado, pesado y moreno aunque no mal sano. Para amasarla necesitan mas levadura y agua que las demas harinas, y conviene apretar mucho los panes antes de meterlos en el horno para que no se desmigajen» (12).

A nuestro modo de ver, en Cuba, particularmente en Puerto Príncipe, debió ser de interés la planta de este «trigo negro» porque resultaba «un pasto muy apetecido del ganado, con particularidad del vacuno que engorda en breve con ella» (13).

Encontrándose de La Torre en los Estados Unidos, con la misión, costeada por la Real Junta de Fomento, de llevar a efecto la introducción en Cuba de «semillas de nuevos artículos de agricultura de reconocida utilidad y probable aclimatación en ella, y la de algunos que aunque conocidos en la misma, son de clase mas superior» (14), destaca en otra comunicación sin fecha que:

«Ha remitido tambien como un obsequio á la Junta, semillas de una porcion de clases de trigo de los mejores que se producen en Europa, como son [los] de Odesa, de Hungría, de Italia, etc., que acaba de llevar un sabio comisionado á aquel pais [Estados Unidos]; y siendo asi que tanto el algodón como el trigo se producen bien en la Isla, y que hoy se nota animación entre muchos hacendados para sustituir con estos cultivos el enteramente decaído del café, bien se vé el beneficio que habrá hecho, introduciendo las clases mas escogidas de aquellas producciones» (15).

Si bien la Junta de Fomento costeaba viajes como el de José María de La Torre a los Estados Unidos, que según afirmación de Bachiller fue el último que se realizó hasta el momento en que publicara el *Prontuario* en

1856 (16), también se dieron iniciativas particulares de introducción de nuevas variedades de trigo como el que hiciera traer desde La Mancha, España, el médico José María Velázquez, al parecer en 1848. En su *Memoria*, Bachiller señala que ese trigo, conocido en su lugar de origen como «trigo Chacón», si bien era barbado al igual que el trigo «indígena» de Villa Clara, difería de este último en que era de «distinta variedad» (17). A juzgar por los resultados, el cultivo de este trigo en Cuba aún se hallaba en una fase experimental.

Un reconocimiento importante de las características morfológicas de la variedad «indígena» de Villa Clara (1848)

Suponemos que Bachiller conocería el intento de Noda de diseminación del trigo de Villa Clara en Vuelta Abajo en 1841, a pesar de que no lo señala en su ensayo. No obstante, la importancia del trigo villaclareño era para él tan evidente como para referirse al que sembrara un tal Eduardo Roca en un terreno cercano a la capital bajo la dirección de Miguel Próspero Barata.

Las muestras de trigo de Barata y de la variedad de «trigo Chacón» fueron presentadas por Bachiller a la Junta de la Sección de Agricultura del 7 de junio de 1848, junto al ensayo que escribiera sobre el cultivo del trigo en Cuba (18). El elogio que realizaba en su obra de la muestra de trigo exhibida por Barata, constituyó un reconocimiento tan importante a las cualidades del trigo «indígena» de Villa Clara —como él lo denominaba— que debió determinar que las semillas regaladas por Barata a la Sección fueran distribuidas entre algunos plantadores (19).

Al responder en su ensayo a la pregunta «¿Qué especie ó variedad de trigo debemos cultivar?», Bachiller recomienda el trigo que proviniera de las variedades barbadas:

«Las dos especies de trigo que hemos visto en la Isla son variedades del que se conoce con el nombre de Barbudo o barbon: por lo tanto los mas análogos al clima cálido en que habitamos, sin que esto sea decir que no se introduzcan las otras especies ó que no puedan cultivarse» (20).

Una de esas variedades del trigo «Barbudo» a que se refiere Bachiller era el recién introducido «trigo Chacón» (21). En opinión de Bachiller esa variedad no podía ser la que promoviera el cultivo de ese cereal en la isla, puesto que se hallaba aún en una fase experimental. Bachiller se interesaba

más por la variedad, también barbada, que se cultivaba en la región de Villa Clara, la cual constituía parte de la tradición agrícola local por ser la única superviviente de la diseminación temprana del trigo introducido por los conquistadores españoles en la isla; por lo menos eso es lo que podemos inferir de lo que Bachiller expresa:

«Las plantas, los animales domésticos del antiguo mundo muy pronto fueron trasladados al nuevo. Hernan Cortés que había de conquistar inmensos y ricos países, cultivaba el campo de Cuba á donde traía cuanto pudiera ser útil al progreso de la agricultura: (Alamán *Disert.* 5a, p. 11).— Es verdad que mas adelante, en el deseo de conservar unidos a los españoles de ámbos mundos con los lazos de recíproca conveniencia, y para alimentar un cambio útil de productos diversos, se prohibieron los cultivos de algunos frutos europeos en América; pero casi nunca se cumplían esas disposiciones, como observó D. Francisco R. Valenzuela en sus notas á la obra clásica sobre gobiernos de Indias de D. Juan Solórzano: se cultivaban las viñas en el Perú, el trigo en Méjico y otros puntos, incluso Cuba, en donde tuvo cierta importancia en los distritos de Villa-Clara hasta ha poco tiempo» (22).

De hecho, Bachiller reconocía que la adaptación temprana de esa variedad al medio natural de Villa Clara la había convertido en un componente trascendental de la flora agrícola de la región, razón por la cual le otorgó las denominaciones patrimoniales de «nuestro trigo», «trigo del país» o «trigo indígena», como lo acreditaba el esplendor que alcanzó su cultivo en los inicios del siglo XIX.

«La historia de los primeros días del siglo XIX [señala Bachiller], me presentaba como razonable el proyecto de fomentar el cultivo, supuesto que Villa-Clara surtía con el trigo propio á todas sus necesidades» (23).

Para destacar Bachiller la importancia de ese trigo «naturalizado» que estaba al alcance de todos y para orientar correctamente la introducción de variedades que fueran casi similares a la de Villa Clara, considera necesario establecer una comparación entre las observaciones personales realizadas con el trigo «indígena» y las características de las variedades barbadas de trigos «duros» (como se les conocía en Europa para así diferenciarlos del «trigo blanco» con granos generalmente «tiernos») que señalaba el agrónomo francés Oscar Leclerc Thovin en la *Maison Rus-tique* (24).

Grosso modo, los granos del trigo «Barbudo», coincidentes en sus rasgos morfológicos con los del trigo «indígena» de Villa Clara, se diferenciaban de los granos del «trigo blanco» en que eran más duros, de más color y

que poseían vellosidades o barbas que los protegían de los pájaros; en fin, eran los que producían invariablemente un pan «menos blanco», pues, como bien destaca Bachiller, el «único trigo barbudo blanco que se conoce, es el del Cabo [Sudáfrica] y aun este es amarilloso» (25).

Si importante era para Bachiller presentar algunas características morfológicas comunes al trigo «indígena» de Villa Clara y al trigo «Barbudo», más aún lo era la apreciación de que en la variedad «indígena» barbuda estaba presente —como se demostró en la práctica— la adaptación al clima tropical que atribuía Leclerc al trigo «Barbudo» y a sus variedades de trigos «duros» europeos (26).

A pesar de que esa cualidad adaptativa permitía a los trigos de granos «duros» ubicarse, como en el caso del trigo de Africa, al sur de Europa, mientras que los trigos de granos «tiernos» —como los «trigos blancos»— predominaban al norte de Europa, en la variedad «indígena» de Villa Clara podía darse la misma situación del «trigo de Polonia», el cual no obstante tener un grano «duro por excelencia» o una dureza «casi vítrea» presentaba en ocasiones trigos «tiernos». Esta relativa variabilidad en la consistencia de los granos de trigos «duros» también se manifestaba en el «tremesino barbudo» de Sicilia (27).

Digno de elogio es el esfuerzo de Bachiller por encontrar el «eslabón» varietal de trigo «indígena» de Villa Clara entre las variedades de trigos duros y barbados que se hallaban localizados hacia el sur de Europa, pero aún más interesante resulta la alusión que realiza al «trigo de Polonia», buscando una similitud entre la dureza relativa de sus granos y la que presentaban los granos del trigo «indígena». Bachiller seguía el criterio de basarse solamente —como al parecer lo hacía Leclerc— en determinadas características del trigo, de fácil entendimiento para el campesinado, y no en un estudio propiamente botánico, aunque debemos señalar que el nivel que había alcanzado entonces la sistemática de *Triticum* no le permitía avanzar en esa dirección.

Si bien Bachiller veía semejanzas entre la consistencia de los granos de ambos trigos (el de Polonia y el «indígena»), lo cierto es que las ventajas que apreciaba para el pan del trigo «indígena» no estaban presentes, según la *Cartilla Agraria* de José Espinosa de 1822, en el pan del «trigo polaco» pues, resumiendo Espinosa la opinión (que señalara Simón de Rojas Clemente en su «Adición» a la *Agricultura* de Herrera de 1818), plantea que ese trigo era «de poca producción y no ahija, su grano es harinoso, pero hace ruin pan» (28). Pero cuando consultamos la «Adición» de Clemente, vemos que en realidad su valoración no tiene en cuenta el

estudio de otras variedades de esta especie (*T. polonicum* L.) y sólo atiende una variedad común de León que tiene la espiga «blanca» (29).

Al parecer, Clemente esperaba ofrecer junto a Mariano Lagasca una obra voluminosa titulada *Ceres Española* donde contemplaría un estudio más completo de esa especie, pero esa obra no fue terminada. En su lugar quedaron numerosas descripciones realizadas por Lagasca, entre las cuales se encontraban algunas referencias a las variedades de la especie *polonicum* donde el botánico español no sólo atiende a la vellosidad de las glumas sino que le agrega la longitud y densidad de las espigas (30).

Una de esas descripciones de Lagasca nos da una idea de lo cercano que estuvo Bachiller en la definición de la especie a que pertenecía el trigo «indígena» de Villa Clara, pues Lagasca adscribe el ejemplar de trigo recolectado por Baltasar Boldo en los alrededores de La Habana entre 1796 y 1799, al género *Triticum* y lo sitúa, con decisión y seguridad, junto a *polonicum*. Sin embargo, como difería en algo de esta especie por presentar un tallo frutescente o perenne y una espiga semejante a la forma que él denominaba *T. aestivum* (31) [considerada dentro de *vulgare* Host (32)], Lagasca decidió incluir el ejemplar de Boldo en una nueva especie, *T. spinulosum*, que describió en los siguientes términos:

«Espiguillas 4-5 flora, flores inferiores hermafroditas, aristadas: glumas aristadas. Tallo frutescente. *Triticum Boldo Herb.*

Tallo frutescente, envuelto inferiormente por las vainas de las hojas disticas. Hojas algo rígidas, planas, acuminadas, subpungentes, denticulado - espinosas, las superiores eminentes. Espiga semejante al *T. aestivum*, casi de dos pulgadas. Hab. en Habana y D. Balth la recolectó para Boldo» (33).

En la revisión que en 1952 realizaron los ingenieros agrónomos Ricardo Tellez y Manuel Alonso de los herbarios y descripciones de trigos que fueron utilizados por Lagasca para su malograda *Ceres*, le dedicaron una particular atención a la búsqueda de ese ejemplar y de otros datos referentes al mismo, lo cual dio el siguiente resultado:

«Ni en el herbario de trigos, ni en el general del Jardín Botánico, ni en los particulares que se conservan en dicho centro madrileño, hemos encontrado tan curioso ejemplar de trigo. Tampoco volvemos a encontrar citada la curiosa especie *T. spinulosum* en ninguna obra ni manuscrito de Clemente o de Lagasca. Boldo, efectivamente, herborizó en la isla de Cuba, pero es raro que solo fuese este el único ejemplar hallado y, más raro aún, no habiéndose citado América como origen de ninguna especie de trigo. El *Index londinensis*, tomándola de Lagasca, cita esta especie,

pero no da ninguna otra sinonimia, indicación o referencia. No podemos dar nuestra opinión sobre *T. spinulosum*, y, no figurando en el herbario, lo omitimos en esta revisión» (34).

En los momentos en que Boldo, como primer botánico de la expedición del conde de Mopox, herborizaba en los alrededores de la capital cubana entre 1796 y 1797, el cultivo del trigo había prácticamente desaparecido en esa zona. Tal vez el ejemplar que le entregó un tal Balth a Boldo constituía por esa circunstancia una rareza de la flora habanera. Por el contrario, en la región de Villa Clara el cultivo del trigo había alcanzado su mayor esplendor, pero al parecer la expedición de Mopox no recolectó ningún ejemplar durante su estancia en esa localidad (35).

Aunque Bachiller ignoraba si esta variedad «indígena» de trigo «Barbudo» que se cultivaba en Villa Clara era la misma que estuvo diseminada por otros lugares cercanos a La Habana, como en Canoa —en el partido de Managua (36)— donde recordaba haber visto trigo sembrado, en Matanzas donde los labradores recordaban haberlo cultivado felizmente, o en un ingenio de Guanajay donde se cultivó en 1811 (37), sin embargo, sospechaba que el trigo que se cultivó en esos lugares era de la misma variedad del que aún había en Villa Clara, pues por lo menos así lo parece indicar el trigo que se cosechó en el ingenio de Guanajay de cuya harina se obtuvo un pan «algun tanto amarillo» (38), que era una de las características principales del pan que se obtenía en Villa Clara.

De confirmarse la sospecha de Bachiller y de tenerse en cuenta la cercanía de esos lugares con la capital de la isla, tal vez pudiera inferirse que la variedad del trigo de La Habana era la misma que la de Villa Clara, lo cual pudiera ser cierto si añadimos la previsión que tuvo Bachiller de apreciar en los granos de *polonicum* (la especie más cercana, según Lagasca, a su *T. spinulosum*) rasgos semejantes a los del trigo «indígena» de Villa Clara.

Consideraciones finales

La crisis de las plantaciones cafetaleras en la década del 40 hizo que recobrara fuerza, dentro de la Real Sociedad Patriótica de La Habana, la tendencia hacia el fomento del cultivo del trigo como una vía para tratar de solucionar la grave situación creada por los bajos rendimientos del café. En ese sentido, algunas figuras como Tranquilino Sandalio de Noda y sobre todo, Antonio Bachiller y Morales, dedicaron sus esfuerzos hacia

el rescate del trigo de Villa Clara por el hecho de ser éste de una variedad que llevaba muchos años de adaptación a las condiciones del medio natural de esa región y que, por esa circunstancia, estaba al alcance de todos para ser diseminado a otras regiones de la isla. Mientras en 1841 Noda trataba de diseminarlo, con aparente éxito, en Vuelta Abajo, Bachiller aprovechaba el ensayo de cultivo y de molturación que dirigiera Miguel Próspero Barata en las cercanías de La Habana para destacar en su ensayo de 1848 las características morfológicas que identificaban a esa variedad con aquellos trigos europeos que poseían espigas barbadas, granos duros y amarillos que producían un pan amarillento y que tenían la cualidad trascendental de adaptarse al clima del sur de Europa incluyendo el clima tropical, pero en particular con el «trigo de Polonia». Este criterio era próximo a la clasificación botánica que realizara Mariano Lagasca de una variedad similar a la de Villa Clara, recolectada por Baltasar Boldo en La Habana y que definiera como muy cercana a la especie *T. polonicum*, dándole el nombre de *T. spinulosum*.

Bachiller llamaba la atención sobre ese trigo con el propósito de propiciar su diseminación por la isla, o en todo caso, para orientar la introducción de variedades que fueran casi similares a la de Villa Clara, como era el caso de la «barbuda» introducida por José María Velázquez desde España.

Esgrimiendo el principio de austeridad, que debía caracterizar a una institución con recursos muy limitados como la Real Sociedad Económica, el presidente de la Sección de Agricultura —Antonio Bachiller y Morales— se manifestaba por un mejor aprovechamiento de la flora agrícola del país, como en el caso del trigo «indígena» de Villa Clara.

NOTAS

(1) BACHILLER Y MORALES, A. (1848): Cultivo del trigo en Cuba. Memoria escrita por el Sr. Presidente de la Sección de Agricultura D. Antonio Bachiller y Morales. *Memorias de la Real Sociedad Económica de La Habana*, t. 36, p. 316-324.

(2) — (1856): *Prontuario de Agricultura General para el uso de los labradores i hacendados de la Isla de Cuba*. Imprenta y Papelería de Barcina, Habana, p. 159-167.

(3) En el *Catálogo de instituciones científicas cubanas del siglo XIX* que preparan Mercedes Valero y Nancy Díaz-Argüelles aparece el eminente filósofo y educador José de la Luz y Caballero como director de la institución entre 1838 y 1842. (Comunicación personal de Mercedes Valero).

(4) ANÓNIMO (1841): Por acuerdo de la Real Sociedad publicamos la siguiente comunicación relativa al cultivo del trigo. *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, t. 23, p. 90. [Se ha

respetado la ortografía y la sintaxis de la época en ésta y las demás citas textuales. Lo que aparezca entre corchetes ha sido añadido para la mejor comprensión del lector].

(5) Junta ordinaria de [la Sociedad Patriótica del] 29 de abril de 1841. *Op. cit.*, p. 88-89.

(6) PICHARDO, E. (1976): *Diccionario provincial casi razonado de voces y frases cubanas*. Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, p. 48.

(7) AGRAMONTE Y SÁNCHEZ, I. (1842): Exposición de las tareas de la Diputación económica de Puerto-Príncipe, en el bienio de 1841 y 42, leída por su vice Secretario el amigo D. Ignacio Agramonte y Sanchez, en la Junta general tenida el 9 de diciembre de 1842. *Memorias de la Sociedad Patriótica de La Habana*, t. 26, p. 304.

(8) LA TORRE, J. M. de (1849): Comunicaciones dirigidas a la Real Junta de Fomento por D. José M. de La Torre. *Anales de las Reales Junta de Fomento y Sociedad Económica de La Habana*, t. 39, p. 295.

(9) ESPINOSA, J. (1822): *Cartilla Agraria o sea la practica de la Agricultura y de la Ganaderia, segun los autores mas clasicos de estos tiempos*. Imprenta de D. León Amarita, [La] Habana, p. 76.

(10) Véase: FONT QUER, P. (1970): *Diccionario de Botánica*. Instituto del Libro [La Habana], p. 869.

(11) ESPINOSA, J. (1822): *Op. cit.*, p. 76.

(12) *Ibidem*, p. 77-78.

(13) *Ibidem*, p. 77.

(14) LA TORRE, J. M. de (1849): *Op. cit.*, p. 295.

(15) *Ibidem*, p. 299.

(16) BACHILLER Y MORALES, A. (1856): *Op. cit.*, p. 7, nota.

(17) *Ibidem*, p. 160, 161, 163.

(18) UGARTE, L. A. de (1848): Exposición de las tareas en que se ha ocupado la Sección de Agricultura y estadística en el año de 1848, leída por su Secretario Ldo. D. Lúcas A. de Ugarte. *Memorias de la Real Sociedad Económica de La Habana*, t. 37, p. 162.

(19) *Ibidem*, p. 162.

(20) BACHILLER Y MORALES, A. (1856): *Op. cit.*, p. 163.

(21) *Ibidem*, p. 160, 161, 163.

(22) BACHILLER Y MORALES, A. (1857): Agricultura. En: ERENCHUN, F.: *Anales de la Isla de Cuba. Diccionario Administrativo, Económico, Estadístico y Legislativo*. Año de 1857. Imprenta La Habanera, p. 260.

(23) BACHILLER Y MORALES, A. (1856): *Op. cit.*, p. 160.

(24) En la biblioteca del Instituto de Investigaciones Fundamentales de Agricultura Tropical «Alejandro de Humboldt» consultamos el tercer tomo y el único que hemos encontrado de los cinco que integran la *Maison Rustique du XIX^e siècle*. Este tomo, dedicado a «Arts Agricoles», y los restantes, fueron confeccionados por un grupo de científicos europeos bajo la dirección del doctor en medicina Alexandre Bixio. Uno de los agrónomos franceses era Oscar Leclerc-Thouin, secretario general de agricultura del Conservatorio de Artes y Oficios (Bixio, A. [1844]. *Maison Rustique du XIX^e siècle. Arts Agricoles*. A la Librairie Agricole, París, t. 3).

(25) *Ibidem*, p. 163.

(26) *Ibidem*, p. 163.

(27) *Ibidem*, p. 163.

(28) ESPINOSA, J. (1822): *Op. cit.*, p. 56.

(29) CLEMENTE, S. de R. (1818): Adición sobre las castas de trigo por D. S. de R. Clemente. En: HERRERA, G. A. de: *Agricultura General de Gabriel Alonso de Herrera. Corregida segun el*

texto original de la primera edición publicada en 1513 por el mismo autor, y adicionada por la Real Sociedad Económica Matritense. En la Imprenta Real, Madrid, t. 1, p. 90.

(30) TELLEZ MOLINA, R., ALONSO PEÑA M. (1952): *Los trigos de la Ceres Hispánica de Lagasca y Clemente*. Instituto Nacional de Investigaciones Agronómicas, Madrid, p. 42.

(31) *Ibidem*, p. 43-44.

(32) *Ibidem*, p. 47.

(33) *Ibidem*, p. 43.

(34) *Ibidem*, p. 4.

(35) Baltasar Boldo fue el primer botánico de la expedición del conde de Mopox, desde 1796 hasta 1799. Al morir en este último año, en plena faena de trabajo en La Habana, le sustituyó el criollo José Estévez y Cantal, quien se encargó de llevar las colecciones y herbarios de la expedición a Madrid, en 1802. Con Boldo la expedición recorrió Santiago de Cuba, Guantánamo, Bayamo, Puerto Príncipe (actual Camagüey), la región de Cubitas al noroeste de Camagüey, Sancti Spiritus, Villa Clara (actual Santa Clara) y Matanzas, llegando a La Habana. En el otoño de 1797 recorre la costa norte de la isla, desde La Habana hasta cerca de Bahía Honda (Pinar del Río). El resto del tiempo herborizó fundamentalmente en los alrededores de La Habana, donde recibió el ejemplar de trigo que después describiera Lagasca en el herbario. Debemos señalar que consultando los índices de nombres vulgares y de especies de la primera edición de las descripciones de la flora cubana de Boldo y Estévez no encontramos ningún *Triticum*. Véase FERNÁNDEZ CASAS, J., PUIG-SAMPER, M. A. y SÁNCHEZ GARCÍA, F. J. (eds.) (1990), «Cubensis Prima Flora...», *Fontqueria*, 29, p. 10, 13, 193, 195-201.

(36) Suponemos que Canoa sea un ható o hacienda que pertenecía al partido de Managua, jurisdicción de Santa María del Rosario, como aparece mencionado en el Diccionario de Pezuela. [PEZUELA, J. de la (1863): *Diccionario Geográfico, Estadístico, Histórico de la Isla de Cuba*. Imprenta del Establecimiento de Mellado, Madrid, t. 1, p. 282]. El propio Bachiller señala en «Cuba Primitiva» que Canoa era el nombre de una hacienda «que fué de las mercedadas a los naturales de Guanabacoa». [BACHILLER Y MORALES, A. (1879). *Cuba Primitiva*. Origen, lenguas, tradiciones, é historia de los indios de las Antillas mayores y las Lucayas. Segunda Parte. Sección Tercera. En: *Revista de Cuba*. t. 6, p. 456]. Por la cercanía geográfica debe referirse a la misma Canoa que cita Bachiller en su ensayo.

(37) BACHILLER Y MORALES, A. (1856): *Op. cit.*, p. 160.

(38) *Ibidem*, p. 160.